

Horacio contra los etruscos

Lucas Villagra Ordozgoiti



Capítulo 1

República romana

Dejad de jugar niños y atended. Os contaré la historia del héroe esculpido en esa estatua y de como un solo hombre pudo cambiar el destino de una ciudad. Esta historia se remonta muchos años atrás, a cuando Roma se transformó en república y yo apenas era un muchacho. En aquellos tiempos reinaba el caos. Las noticias de asaltos, robos y violaciones eran muy frecuentes, todo ello por culpa de nuestro odiado rey Tarquinio, más conocido como "el Soberbio".

Su reinado fue nefasto desde su inicio cuando derrocó a su suegro Servio Tulio, pero el verdadero desencadenante de las revueltas vino cuando Sexto Tarquinio, uno de sus hijos, agarro y violó a una joven y hermosa patricia llamada Lucrecia. La pobre acabó suicidándose y el pueblo nos alzamos en armas. La violencia en las calles fue brutal, las calles se llenaron de cadáveres, barrios enteros fueron incendiados. Entre nuestros líderes estaban Lucio Tarquino Colatino, esposo de la joven y primo de Sexto, Lucio Juno Bruto, sobrino del rey y Espurio Lucrecio, el padre de la desdichada.

Gracias a ellos y al de muchos valientes derrotamos a Sexto que huyó a Gabios buscando ayuda pero fue asesinado, la ciudad entera se alegró. Celebramos un funeral en honor a los caídos, en especial a la joven Lucrecia. A la que todavía muchos recordamos.

Tras lo sucedido decidimos que jamás volveríamos a someternos a los caprichos despóticos de un rey y proclamamos la República. Pero, como sabréis, los dioses son caprichosos y nuestro mayor problema aún seguía con vida. Durante las revueltas Tarquinius se encontraba en Ardea y no se iba a quedar de brazos cruzados. Ese miserable iba a hacer todo lo posible por recuperar el trono sin importarle las vidas que tendría que arrebatar para ello.

Al enterarse de la noticia huyo con sus hombres y pidió ayuda a las ciudades de Caere, Veyes y Tarquinia. No tardó mucho en reunir un ejército considerable y marchar hacia nosotros. Nada más enterarse de la noticia nuestros sabios líderes formaron rápidamente un ejército y salimos

a su encuentro.

Aquella fue la primera vez que usaría una gladius en batalla y conocería al héroe de esta historia, pero no sería en esa donde forjaría su leyenda. Acampamos en los bosques de Arsia a esperar al enemigo. Fue una mañana mientras rezaba a Minerva rogándole por la victoria cuando escuché una fuerte risa que provenía detrás de una tienda cercana, cogí mis pertenencias y fui a curiosear.

Era un grupo de soldados que estaban echando una partida de dados y allí estaba el hombre que nos salvaría a todos, Horacio Cocles. Era un gigante, debía de medir cerca de dos metros, como todos los soldados levaba el pelo corto y la barba afeitada, era castaño, de ojos azules, sus brazos y piernas eran imponentes, como si hubiera estado entrenando duramente toda su vida.

- ¿Te animas a unos dados? –me ofreció uno de los que estaban jugando.

Acepté de buena gana. La partida se me hizo agradable, todos los allí reunidos eran soldados bastante familiarizados con la guerra. Algo bastante alentador cuando te acaban de nombrar hastati. Ellos contaban historias de batallas, cuando le toco el turno a Horacia, este se dio la vuelta y nos enseñó una terrible cicatriz fue fruto de una de sus primeras batallas cuando también era un hastati que luchaba contra los odiosos barbaros del norte. Nos contó que pasando los Alpes en mitad de un bosque sufrió una emboscada. Apenas empezó la carnicería recibió el impacto de una flecha en el hombro, que hizo que soltara su espada. Intentó cogerla pero el dolor era insoportable y tenían al enemigo justo delante avanzando hacia ellos.

Solo podía hacer una cosa, soltó su mejor grito de batalla y cargó contra el enemigo armado solo con su escudo. Pese a ser novato y estar herido esto no le impidió, gracias a su enorme tamaño y colosal fuerza, destrozó un par de cráneos. Ante tal muestra de valor sus superiores decidieron nombrarle princeps. Ganó el rango de triarii poco tiempo después luchando contra los volscos, se lo dieron por ser quien más enemigos mató.

Me apasionaron sus historias, sin duda un titán entre simples mortales, aunque no fue el único héroe que había allí ese día Espurio Larcio y Tito Herminio son dos nombres que nuestra gente tampoco debe olvidar.

- ¿Y cómo os llamáis chico? – me preguntó Tito mientras tiraba los dados.

- Marco Lucio.

- Pareces asustado.

- Lo estoy es mi primera batalla – suspiré imaginándome luchando a vida o muerte.

- Es normal a todos nos pasa. Te daré un consejo – levantó la cabeza y me miró a los ojos – cuando estés frente al enemigo piensa “o él o yo” eso evitará que te tiemble el pulso cuando tengas que matar.

- Luchamos por una causa justa, si caemos nos espera el Eliseo - comentó Espurio.

- Para mí el Eliseo puede espera mucho todavía, prefiero disfrutar más de los placeres de esta vida – dijo Horacio mientras se servía una copa.

En seguida nos pusimos a comentar sobre eso, descubrí que mis compañeros tenían gustos muy diversos, pescar, el sabor de un buen cerdo recién asado, sentir el calor de una hermosa mujer por las noches, disfrutar de una buena obra de teatro eran algunas de las cosas que más ansiaban.

- Y tú, Horacio ¿Cuál es tu mayor placer?

- El mío, pues lo que nunca me falla, me da calor durante las frías noches y me hace sentir un hombre distinto – todos creímos que hablaba de una mujer -. El vino, el mayor regalo de los dioses.

Alzó su copa y la vació de un trago, el resto hicimos lo mismo. Pero la alegría duro poco pues en seguida nos ordenaron formar por orden de Colatino, al parecer el enemigo avanzaba más rápido de lo esperado y en pocos días nos enfrentaríamos.

En aquella batalla nuestras fuerzas estaban muy igualadas, pero gracias al valor de nuestros hombres y la astucia de nuestros líderes conseguimos la victoria pero a un alto precio Lucio Juno Bruto y muchos de nuestros compañeros cayeron ese día.

La alegría no duró mucho pues el tirano había conseguido huir y sabíamos que no tardaría mucho en volver y así fue. Apenas un año después el Soberbio había encontrado refugio en las tierras de Lars Porsena, un rey etrusco con el que Roma nunca tuvo una relación muy estrecha, a saber que le prometió a cambio de su apoyo. Lo único que estaba claro era que no le permitiríamos poner un pie en Roma. Así que partimos a su encuentro, al otro lado de Tiber.

Aquella vez las cosas eran muy diferentes, el enemigo nos sacaba una considerable ventaja numérica y muchos de nuestros hombres no se habían recuperado aún de las heridas de la batalla del año pasado, aún así

íbamos a teníamos que cumplir con nuestro deber.

Cruzamos el río por el puente Sublicius. Un sólido y resistente puente de madera, aunque no muy ancho nos permitía marchas solo en filas de a tres por lo que tardamos horas en atravesarlo.

Apenas formar después de atravesar el río y formar el enemigo se presentó. Era un ingente número de guerreros bien armados y confiados de su victoria. Al verlos a muchos de nuestros hombres les empezó a dominar el miedo, incluso alguno que tenía cerca vomitó. No estábamos listos, todos los sabíamos, pero confiábamos que la victoria de año pasado pudiera desalentar al enemigo una vez iniciase la batalla.

Ambos ejércitos formamos en tres grandes bloques, a mí me toco situarme en el derecho, que te tendría el honor de luchar contra los hombres dirigidos por Tarquinio. Horacio, sin embargo, fue destinado al grupo del centro, quienes entablarían combate directo los soldados liderados por Lars Porsena. La batalla no se hizo esperar, confiados de su victoria, el enemigo marchó sobre nosotros a paso firme sin perder la formación.

Mientras avanzaban nuestros hostigadores no les daban tregua, pero no detuvo su avance y sufrieron muy pocas bajas. Apenas a unos metros desenvainamos nuestras gladius. Con el escudo bien sujeto recibimos al enemigo, el impacto fue brutal. Sino fuera porque tenía a un hombre atrás sujetándome hubiera sido derribado. Fue una batalla muy encarnizada, ninguno de los dos ejércitos cedía terreno, y las bajas estaban siendo numerosas para ambos lados. Pero el cansancio pronto hizo mella entre nuestros hombres, y la batalla se iba lentamente decantando a favor del enemigo.

Ante el vuelco que dio la situación emprendimos una retirada organizada por el puente. Una vez llegamos al otro lado el enemigo se dispuso a cruzarlo, todos estábamos vacilantes. En la huida habíamos perdido a muchos compañeros y no resistiríamos el ataque. Pero fue en ese preciso instante cuando Horacio mostró ser un verdadero hijo de Roma. Él solo armado con su gladius y su escudo cargó contra el enemigo.

Solo y cansado, se plantó en medio del puente. Podíamos ver cómo lo golpeaban, le cortaban pero no cedía terreno, uno a uno iban cayendo bajo su acero. Un etrusco pudo alcanzar a hacerle un corte intermedio en el muslo pero Horacio lo acabó arrojando al río con un golpe de su escudo.

Horacio seguía deteniendo el solo a los etruscos cuando Colatino dio la orden de derribar el puente. Yo fui uno de los seleccionados para esa tarea. Mientras nos disponíamos a derribar los apoyos del puente los etruscos se hacían a un lado para dejar pasar a sus campeones hombres

casi tan altos como Horacio. Estos enemigos se lo hubieran puesto difícil si no fuera porque en ese momento Espurio Larcio y Tito Herminio cruzaban el puente en su ayuda. Los tres parecían dioses, pudieron acabar en unos instantes con sus campeones, pero aun así el enemigo no cedía y seguían mandando cada vez más tropas. Nosotros, que casi habíamos derribado el puente, les gritamos para que fueran volviendo, pero el sonido de las espadas chocando impedía que nos escuchasen. A nuestro pesar tuvimos que seguir con nuestra misión, Roma era lo más importante.

Cuando el puente empezaba a tambalearse salimos de allí corriendo, por suerte nuestros héroes lo notaron, pero ninguno quería dejar solo a sus compañeros.

- MARCHAOS – les gritó Horacio mientras hundía su hoja en el cuello de un enemigo.

- ESTAMOS JUNTOS EN ESTO.

- NO TE ABANDONARESMOS.

- VOLVED A CASA, CUIDAD DE VUESTRAS FAMILIAS. MARCHAOS ES UNA ORDEN.

Ambos compañeros emprendieron la retirada, gracias a los dioses pudieron llegar sanos y salvos a la orilla. Donde todos contemplamos en silencio como el puente se derruía y sus restos se perdían en las aguas del río junto con el soldado más valiente que jamás haya existido.

Después de ese glorioso día Tarquinio nunca más intentó recuperar el su antiguo trono. Murió poco tiempo después. Desterramos a todos sus familiares y ejecutamos a todo aquel que se atreviera si quiera a proponer volver a instaurar la monarquía.

Ahora vivimos tiempos tranquilos, donde todos ciudadanos libre es igual ante la ley, todo gracias al valor de un hombre. Respecto a su destino unos dicen que se ahogó y su cuerpo todavía permanece en las profundidades del río. Otros dicen que consiguió nadar hasta la orilla y al ver los tiempos de paz que viviría Roma decidió marcharse sin decir nada hacía nuevas aventuras, pero yo sé la verdad. Los dioses se quedaron tan impresionados de su fuerza y valor, y decidieron rescatarle de su destino y ahora custodia las puertas del Olimpo junto con Hércules.

Capítulo 2

Notas.

Estimados lectores, lo primero decirles que este relato está basado en hechos reales. He decidido escribir sobre esto por dos motivos principalmente, el 1º que me parece una historia muy interesante, y el 2º que es una historia muy poco conocida en la que apenas se ha escrito.

Tarquino "el Soberbio" fue el último rey etrusco que tuvo Roma antes de convertirse en una república. La violación llevada a cabo por su hijo parece que fue el detonante para que se iniciaran los revueltas.

En cuanto a las unidades *hastati*, *princeps* y *triarii*, es porque la historia se desarrolla antes de las reformas de Mario cuando el ejército romano se organizó en legiones y a sus soldados se les conoció como legionarios.

Respecto al final de Horacio, hay dudas de si sobrevivió o no, porque eso de que los dioses le recogieran no la veo muy plausible.

Lo que pongo al final de Hércules es cierto. Según la mitología cuando murió y se incendió su pila funeraria su cuerpo fue ascendido a los cielos donde se le casó con Hebe, una hija de Hera, reina de los dioses y se le dio la tarea de custodiar el Olimpo.